Artículo de reflexión

Trilogía
CIENCIA TECNOLOGÍA SOCIEDAD

Metatemporalidad y gubernamentalidad tecnodigital contemporánea. Un análisis sobre la erosión del vínculo social*

Metatemporality and Contemporary Technodigital Governmentality. An Analysis of the Erosion of the Social Bond

Mauricio Alexander Arango Tobón[1], Mauricio Bedoya-Hernández[2]

Resumen

El presente artículo analiza la relación entre la experiencia del tiempo y el vínculo social en la era tecnodigital. La tesis que planteamos es que el tiempo es un componente central de la vida colectiva y, por ende, del ordenamiento de la sociedad. Nombramos a esto *metatemporalidad*. Con la introducción de las tecnologías de la comunicación en el siglo XX, esta experiencia temporal compartida entró en crisis dando lugar a arquitecturas temporales individuales que implicaron un desencuentro sistemático y una erosión permanente del vínculo social. El marco analítico de la reflexión se fundó en la denominada *historia del presente*, también llamada por Michel Foucault *ontología de nosotros mismos*. El análisis nos permite sugerir que en la metatemporalidad el tiempo ha sido un instrumento de gobierno de los sujetos y las sociedades, la gubernamentalidad tecnodigital nos mantiene hiperconectados, pero desvinculados de los otros, e instaura un régimen de capitalización de sí mismo que produce el desencuentro capitalizado del sujeto. Se concluye, por una parte, que el vínculo especular destruye la red que sostiene al sujeto y, por otra parte, que solo cuando este reconoce su vulnerabilidad ontológica, logra restaurar el vínculo con los otros, cuidar la red que lo sostiene y generar encuentros no capitalizables.

Palabras clave: capitalismo digital, filosofía del tiempo, neoliberalismo, subjetividad, temporalidad.

Cómo referenciar

Arango Tobón, M. A., & Bedoya-Hernández, M. (2026). Metatemporalidad y gubernamentalidad tecnodigital contemporánea. Un análisis sobre la erosión del vínculo social. *Trilogía Ciencia Tecnología Sociedad, 18*(39), art. e3756. https://doi.org/10.22430/21457778.3756

* El artículo es derivado de la investigación titulada «Formas de vida no capitalizables en el régimen gubernamental contemporáneo de capitalización de la vida», financiada por la Universidad de Antioquia (Acta de inicio No. 2025-84810 del 02 de octubre de 2025). Contó con el apoyo de la Estrategia para la Sostenibilidad y Consolidación de los Grupos de Investigación 2023 de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Antioquia.
[1] Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia, malexander.arango@udea.edu.co
[2] Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia, mauricio.bedoya@udea.edu.co

Recibido: 13 de noviembre de 2025 | **Aceptado:** 21 de mayo de 2026

CC BY NC SA
OPEN ACCESS

Abstract

This article analyzes the relationship between the experience of time and the social bond in the technodigital age. The central thesis advanced here is that time constitutes a fundamental component of collective life and, therefore, of the ordering of society. This is referred to as *metatemporality*. With the introduction of communication technologies in the twentieth century, this shared temporal experience entered into crisis, giving rise to individualized temporal architectures that fostered a systematic disconnection and a permanent erosion of the social bond. The analytical framework guiding this reflection is based on what has been termed the *history of the present*, which Michel Foucault also described as the *ontology of ourselves*. From this perspective, the analysis suggests that, within metatemporality, time has functioned as an instrument of governance for subjects and societies. It also argues that technodigital governmentality keeps individuals hyperconnected while simultaneously disconnecting them from others, and it establishes a regime of self-capitalization that produces the capitalized disengagement of the subject. Accordingly, it is concluded that the specular bond destroys the network that sustains the subject. However, only when subjects recognize their ontological vulnerability can they restore their bond with others, take care of the network that supports them, and generate encounters that cannot be capitalized upon.

Keywords: digital capitalism, philosophy of time, neoliberalism, subjectivity, temporality.

INTRODUCCIÓN

En el año 1927 se muestra por primera vez el documental de Walter Ruttmann *Berlín: Sinfonía de una gran ciudad* (*Berlin: Die Sinfonie der Großstadt*), el cual configura una suerte de archivo cotidiano de los ritmos de Berlín, ciudad que, después de la Gran Guerra, vivía un proceso de reconstrucción de la mano de la industria y la economía. En 1929, se estrenó el documental de Dziga Vértov, *El hombre cámara*, cuyo principio fue similar al de *Sinfonía de una gran ciudad*, esto es, mostrar la cotidianeidad de un día, con la diferencia de que la cinta de Vertov contenía imágenes de tres ciudades diferentes: Kiev, Odesa y Moscú. Estos filmes dieron pie a un subgénero que se conoce como *sinfonía de las ciudades* (Sancho Rodríguez, 2012) o también *sinfonías urbanas* (Lorente Bilbao, 2003; Sancho Rodríguez, 2017). La idea de sinfonía, según Lorente Bilbao (2003), es producto de la aseveración de Mumford (2018) quien señaló que, en tanto «compleja orquestación del tiempo y del espacio [...] la vida en la ciudad adquiere el carácter de una sinfonía» (p. 16).

En *Sinfonía de una gran ciudad* de Ruttmann, somos espectadores del día a día de Berlín. En esa constante agitación de lo urbano y de sus actores podemos preguntarnos, de manera casi inevitable, ¿quién sincroniza esas acciones realizadas, sin aparente preocupación ni esfuerzo, pero con tal nivel de precisión?, ¿quién escribió el libreto en el que miles de actores anónimos sabe con exactitud qué deben hacer? A partir de estas preguntas, y de las imágenes de *Sinfonía de una gran ciudad*, planteamos la tesis de que el ordenamiento sincrónico y rítmico es el resultado de una cuidadosa producción del tiempo *social*. Con *social* aquí denominamos al entramado de relaciones tejidas entre actores que, si bien son anónimos entre ellos, responden a un conjunto de dispositivos institucionales que los ponen en confluencia de manera constante. Tales dispositivos institucionales son privilegiadamente encarnados

por la fábrica, la escuela, el comercio, etc. Lo que se deja ver, como bien lo han mostrado los historiadores del tiempo (Hartog, 2007; Koselleck, 1993; Serna Arango, 2009; Virilio, 2006), es que la experiencia temporal es integrada con lo social. En esta vía, Adam (1990) señalaba de manera explícita la idea de que todo tiempo es tiempo social (p. 42), esto con la finalidad de mostrar los complejos engranajes del tiempo social y la necesidad de hallar alternativas transgresoras para su comprensión. Asimismo, parte del objetivo de Adam era exponer los modos de abordar la problematización del tiempo desde su dimensión mensurable o física hasta su condición inherentemente histórica y social.

Las formas de habitar el tiempo se fueron transformando en el siglo XX de manera notable debido a múltiples factores como los procesos de aceleración, el desarrollo de las tecnologías de comunicación, los fenómenos de globalización, etc. El conjunto de efectos de dichas transformaciones es una «crisis temporal» (Han, 2015, p. 11), agravada en las últimas dos décadas por el carácter ubicuo de los dispositivos digitales en la cotidianeidad. El uso masivo de internet y las promesas de la Web 2.0 (O'Reilly, 2005) en los años 90, sobre la conectividad como proceso de democratización, acceso y apertura quedó clausurado por la aparición de grandes compañías que construyeron una versión digitalizada de las lógicas más duras del capitalismo basadas en la captura de datos (Zuboff, 2020), el *datamining* (Rouvroy & Berns, 2018), la economía atencional (Bessi et al., 2014) y la personalización (Pariser, 2017). El término con el que Wajcman (2017) denomina a este fenómeno en conjunto es *capitalismo digital*. En dicho contexto, las formas de existencia contemporáneas se vieron trastocadas por el uso de dispositivos tecnodigitales que progresivamente fueron produciendo una experiencia de temporalidad particular. Sobre ese funcionamiento veloz, acelerado, instantáneo y eficiente han emergido formas de modulación del tiempo y la temporalidad completamente inéditas.

El marco analítico que orientó el presente artículo teórico estuvo dado por la *historia del presente*, también denominada por Foucault (1998) «ontología de nosotros mismos». Este busca diagnosticar lo que somos, nuestro presente, enfatizando en la experiencia subjetiva (Dreyfus & Rabinow, 2017). Se pregunta por los diagramas de poder y por las redes de saber que configuran la subjetividad (Deleuze, 2015) y pretende comprender lo que somos como sujetos y de qué forma hemos llegado a ser eso a partir de los regímenes de verdad y de normatividad que nos gobiernan (Foucault, 1998). Como lo dice Restrepo (2008), la historia del presente se esfuerza por comprender «las emergencias, despliegues y transformaciones que han constituido nuestro presente» (p. 113). Así, este marco conceptual resultó idóneo para llevar a cabo nuestro análisis de la experiencia temporal y vincular del sujeto capitalizado en la era tecnodigital.

EL TIEMPO SOCIAL. LAS MUTACIONES DE LA METATEMPORALIDAD

Cuando nos preguntamos por el lugar que el tiempo ha tenido en la configuración de la experiencia social, vemos que la experiencia temporal que tienen los sujetos y las sociedades se ha visto profundamente influida y usufructuada por los diversos modos de gubernamentalidad. La gubernamentalidad la entendemos, siguiendo a Foucault (2007), como las estrategias, las técnicas y la racionalidad elaboradas para conducir la conducta de los otros. En la historia de Occidente, este autor identificó cuatro grandes modos de gubernamentalidad: el pastorado cristiano, la razón de estado, el liberalismo y el neoliberalismo. A nuestra manera de ver, todos ellos se han valido de un

recurso: la creación de la conciencia de que todos compartimos un mismo y único tiempo (el de la salvación, el de la autoconciencia, el del desarrollo, el del bienestar ilimitado, etc.).

Una suerte de metafísica nos hace creer que los tiempos subjetivos y sociales son solo una deriva y realización del tiempo absoluto, exclusivo y lineal, el del *kronos*. A esto lo denominamos *metatemporalidad*. Por supuesto, la cronicidad de la metatemporalidad se empeña en eliminar las otras dos dimensiones fundamentales de la experiencia del tiempo, el *kairós* y el *aión*. Efectivamente, si por *kairós* entendemos, como lo hacía Platón (1966), el momento oportuno, realmente aprovechado no porque se espere, sino porque al acontecer emerge una singularidad espaciotemporal que escapa a toda planificación, proyección o espera, el *kronos* pierde aquí su potencia como solución exclusiva al problema del tiempo. De otro lado, si por *aión* entendemos, a la manera de los griegos, el tiempo de la simultaneidad, de la pluralidad del tiempo y de las experiencias y expectativas que en él acontecen, el tiempo en el que confluye lo que hemos sido y lo que seremos, tiempo de la memoria y la imaginación, también el *kronos* es devaluado como potencia temporal única.

La producción de ese tiempo social en las sociedades industrializadas y capitalistas fue usada para homogenizar la existencia y, de paso, conferirle una cierta unidad. Así, la idea de una *metatemporalidad* en el tiempo social se ideó como forma de ordenar las vidas de los sujetos. No basta solamente con señalar la presencia de aquellas instituciones paradigmáticas de lo que Foucault (1975) denominó *sociedades disciplinarias*. Esos tiempos fabricados disciplinalmente se extrapolaron para producir un medio de ordenamiento de lo social que ya no funcionaba necesariamente como coacción disciplinar, sino como la argamasa de la vida colectiva. En consecuencia, se puede decir que no existe lo social sin una comprensión compartida del tiempo. Los goznes y las bisagras que sostienen la producción social del tiempo son el resultado, entre otros, de eficientes dispositivos institucionales de modulación de la conducta individual, de sistemas de hábitos y de lógicas de producción fundadas en la optimización del uso del tiempo.

En el ámbito de la producción-trabajo es donde con mayor fuerza se ha materializado una segmentación y un cálculo disciplinar del tiempo. Efectivamente, el control disciplinar del tiempo en el trabajo está aunado a discursos de productividad y eficiencia. Garfield (2017) señala que la inquietud por el tiempo desde la modernidad se articula a una preocupación constante por la eficiencia. De hecho, las iniciativas en los sistemas productivos introducidas por Henry Ford y, posteriormente, por Taylor (2006), tenían como finalidad otorgar herramientas científicas para una adecuada gestión del tiempo en los procesos de producción, a pesar de que dichas iniciativas tuvieran perversas consecuencias en la salud física y mental de los y las trabajadoras, debido a las largas jornadas de trabajo, el acelerado ritmo de los procesos productivos y la monotonía inherente a muchas de esas tareas. Incluso en la actualidad gran parte de esas prácticas se han mantenido y radicalizado (Crawford, 2022).

Las experiencias de ciertos ámbitos de producción en los que persisten unos férreos tiempos disciplinares conviven con otras más propias del posfordismo articuladas a los discursos de flexibilización neoliberal, en las que, bajo algunas formas de vinculación laboral, generalmente precarias, el empleado es eximido de una jornada laboral, pero a cambio de ello debe encargarse de agenciar su tiempo de manera autónoma en aras de alcanzar las metas según principios de rendimiento y productividad

autogestionados (Friedrich et al., 2018; Han, 2014; Laval & Dardot, 2013). Justamente el ámbito del trabajo nos permite observar esa transición de temporalidades que habitamos en el presente. Hemos pasado de la experiencia heteronómica del tiempo, en la que el patrono y las instituciones son los garantes de su buen aprovechamiento, a la experiencia ilusoria de autonomía, en la que el emprendedor cree que maneja su tiempo sin darse cuenta de que, en realidad, ahora su gobernante no es el patrono, la empresa o la institución, sino el mercado, el cual ata al sujeto productivo a la necesidad de estar ante una vigilancia constante con el fin de adecuar sus prácticas emprendedoras a las necesidades de un mundo incierto.

Consideramos que la *metatemporalidad*, como la conocíamos desde hace más de doscientos años, ha sufrido en el siglo XX una mutación. Esto se debe a que, como ya lo hemos insinuado, la *metatemporalidad*, en tanto gobierno del tiempo, la subjetividad y la sociedad, cambió de foco, pues pasamos de una experiencia temporal heterogobernada a una en la que creemos manejar el tiempo y disponer de él como queramos. Esta es la ilusión del autogobierno temporal del presente. Sin embargo, la estructura lineal del devenir se mantiene, generando la sensación de un tiempo único, el presente, el cual transcurre día a día con mayor velocidad. De esto, del presentismo y la aceleración es que nos anotician Hartog (2007) y Virilio (2006). Colegimos que la gubernamentalidad actual no se deshace de la metatemporalidad. Es así como nos invita a creer que compartimos un tiempo único, el del presente acelerado, que es el tiempo del empresario de sí mismo que ha de convertir toda su vida en capital. Señalamos que se ha producido una experiencia de la temporalidad cada vez más individualizada, endógena y solipsista que erosiona lo social, lo ritual y los tiempos mediados y vividos colectivamente. Han (2015) se refiere a dicho fenómeno como una «des-temporalización generalizada [que] implica la desaparición de los cortes temporales» (p. 45). En este proceso se presenta una paradoja consistente en la disolución del tiempo social y el encumbramiento del tiempo subjetivo.

A nuestra manera de ver, el tiempo social, aquel en el que aparecen los vínculos entre los individuos humanos es, *per se*, un tiempo fisurado, agrietado tanto en sentido positivo como en sentido negativo. En el positivo, el vínculo social es inseparable del pasado, la memoria y la experiencia, del futuro en tanto imaginación y expectativa y del presente que se define por su acontecimentalidad. Es un tiempo en el que se busca el encuentro con el otro y, por ello mismo, los siempre existentes desencuentros son tramitados desde la experiencia vincular. En este escenario, el *tiempo del nosotros* se urde agonísticamente, de tal modo que las grietas son el zócalo en el que se da el vínculo social. En el sentido negativo, la incertidumbre del tiempo y su correlativo acontecimiento son respondidos con una tentativa de aplanamiento temporal en el que lo social es individualizado y la temporalidad es presentizada.

Aquel *tiempo del nosotros* se convierte en el campo de batalla del poder contemporáneo, el cual halla, a partir de los años 50 del siglo pasado, dos poderosos aliados —la cibernética y la informática— para la producción de formas sociales que hoy conocemos como sociedades *massmediatizadas* y *tecnodigitales* (Matterlart, 2002; Rodríguez, 2019; Scolari & Rapa, 2019). En estas sociedades, las grietas producen un individualismo extremo que lleva a los sujetos a cesar su esfuerzo por el encuentro y a prescindir de los otros. Sujetos hiperconectados, pero solos y aislados. De este modo, los dispositivos tecnológicos constituyen medios de dislocación del tiempo social, en tanto

su funcionamiento posibilita experiencias temporales inéditas desarticuladas de cualquier atisbo de interacción o de vínculo social. Así, mientras que los diagnósticos del individualismo contemporáneo (Bauman, 2003; Beck & Beck-Gernsheim, 2003) han fijado su atención en las lógicas mercantiles y de consumo propias de las sociedades capitalistas, sostenemos que dicho análisis requiere la introducción del componente temporal, pues consideramos que el individualismo también ha sido nutrido por una temporalidad producida y vivida como antagónica de la vida social y de los ritmos colectivos.

METATEMPORALIDAD CONTEMPORÁNEA

Como sabemos, la experiencia temporal es una dimensión ineludible de la existencia y se torna en pivote de nuestras formas de comprensión y del ordenamiento de lo colectivo. Sostenemos que, si el tiempo no es solo *kronos*, lineal y continuo, entonces las discontinuidades temporales configuran por ellas mismas un poderoso eje de análisis para comprender las transformaciones subjetivas más notorias de nuestro tiempo. Sin embargo, consideramos que este diagnóstico del presente requiere un eje de lectura ineludible, a saber, el desarrollo tecnodigital contemporáneo. Temporalidad y tecnodigitalidad son, de este modo, dos arraigadas dimensiones que se imbrican para la producción de subjetividades en la actualidad. Según Crary (2015), desde el siglo XX, con el predominio de los dispositivos técnicos, inicialmente la televisión, y posteriormente todos los sistemas tecnodigitales, asistimos a una profunda mutación de la experiencia de la temporalidad que este autor tematiza bajo el epítome del *24/7*, debido al creciente insomnio generalizado autoinducido por un uso cada vez más excesivo y descontrolado de dispositivos que exigen y reclaman tiempo.

Como ya lo señalaba Rosa (2016), la modernidad y su expresión económica, el capitalismo, entendieron pronto la importancia del tiempo en las lógicas productivas y, sobre todo, entendieron la necesidad de optimizar su uso para satisfacer las demandas al inicio de producción y más tarde de consumo. En esa diada, emergen la jornada laboral y los tiempos disciplinarios férreamente medidos y calibrados. La experiencia temporal se funda en una segmentación y un fraccionamiento constante que producen marcas temporales en aras de un orden que es individual y colectivo. Consideramos, no obstante, que tal fraccionamiento temporal, aun cuando es un elemento constitutivo de la producción del tiempo social, se circunscribe a la aspiración de la linealidad cronológica propia de la *metatemporalidad*. Es decir, lo característico de este dispositivo de gobierno no es solamente el fraccionamiento temporal, sino también el anhelo de aplanamiento del tiempo para la producción, lo que supone tiempos colectivos convergentes. Laval y Dardot (2013) afirman que el liberalismo clásico mantuvo la aspiración de eliminar la separación de esferas de la vida individual y social (la política, la economía, la religión, la vida pública, la vida privada, el trabajo, el ocio) al poner a orbitar cada uno de estos ámbitos alrededor de la economía. Nosotros creemos que otra acometida en el mismo sentido fue la de pensar el tiempo único como integrador de lo social y productor de la experiencia subjetiva. Así que la unificación de esferas, tan deseada por el capitalismo, ha de pensarse como un ideal a lograrse no solo alrededor de la economía, sino, y más aún, alrededor del tiempo.

Como habría de esperarse, ese anhelo unificador del liberalismo clásico tropezó con las resistencias inherentes al hecho de que la experiencia temporal subjetiva incluye el *kronos*, el *kairós* y el *aión*. Los intersticios, las grietas y los desencuentros temporales, los puntos ciegos en el trabajo del

gobierno, la renuencia subjetiva a unificar la vida alrededor de la producción, en fin, los obstáculos propios de la normalización disciplinaria son el lastre con el que se enfrenta el siglo XX en lo que a la producción gubernamental del tiempo se refiere. Consideramos que la reflexión que plantea Crary (2015) puede ser la base de ese diagnóstico en el que vemos la mutación del tiempo social. Tal transformación, que va de la mano con la consolidación del mundo tecnodigital, no significa el declive de la *metatemporalidad*. Nuestra tesis es que estamos ante un endurecimiento del gobierno del tiempo mediante la estrategia de aplanamiento de la experiencia temporal subjetiva y social. En concreto, sostenemos que la metatemporalidad ha cambiado de vector: antes era *del-afuera-al-sujeto*; o sea, la labor del gobierno disciplinario era constreñir a cada individuo a asumir, no sin resistencias, una suerte de metafísica del tiempo único. Hoy, por el contrario, el vector se ha orientado *del-sujeto-hacia-sí*. Los individuos no son obligados a linealizar el tiempo; más bien, eligen hacerlo y, por supuesto, ya no se resisten. Hay una positividad creciente, entonces. Consideramos que la articulación del tiempo y la tecnodigitalidad han logrado un doble cometido: el aplanamiento del tiempo del sujeto, pues este ve que cada respiro debe orientarse a la capitalización de sí mismo, y la reducción del tiempo social al tiempo individual.

El trabajo de aplanamiento es un ejercicio de tachadura de las marcas temporales. Dichas marcas podrían ser interpretadas como *pasajes* (el *paso* de la jornada laboral al descanso, de la vida pública a la vida privada, de la actividad al ocio, del ahorro al consumo, de la religión a la política, del yo al tú y al nosotros, de la tristeza a la alegría, etc.). Hoy, cuando todo el tiempo está ilusoriamente configurado para la producción, se rompen dichos pasajes. El trabajo del gobierno es seducirnos con la *ruptura de pasajes*, lo que quiere decir que ya no hay ocio, porque todo el tiempo es para producir; ya no hay vida privada, porque elegimos visibilizar nuestra intimidad en todos los medios tecnodigitales, meditamos mientras trabajamos, no dormimos por idear formas de rendimiento y propia capitalización, ya no hay vínculos porque siempre estamos conectados. Mientras que la *metatemporalidad moderna* estaba llena de fisuras y resistencias (negatividad), la *metatemporalidad contemporánea* logra, de manera ilusoria pero seductora, claro está, suturar esas fisuras, haciendo que cada sujeto se centre en sí mismo, se desvincule, se hiperconecte, lo que produce una colonización cada vez más amplia de experiencias de temporalidad colectiva y su consecuente transformación en experiencias singulares y soberanas de un yo capaz de producir su propio ordenamiento temporal. En esa condición aparece lo que podríamos denominar un *tiempo continuo*, uno que se desarrolla sin fisuras ni cortes, que no tiene ni comienzo ni fin. Un tiempo sin marcas que no se inscribe en ningún ritual (Han, 2020) o acción colectiva ni está ordenado o pautado por reglas, sino que es él mismo un permanente flujo de estímulos contingentes y efímeros que remiten constantemente a otros estímulos. Se trata de una temporalidad sin tiempo, porosa y multiforme.

Esta cuestión se halla articulada al desarrollo del capitalismo y de las tecnologías. Ambos están en la base de la eliminación de los fraccionamientos propios de la producción social del tiempo (jornada laboral, trámites en horarios establecidos, funcionamiento de las instituciones, entre otros). Si bien en algunos ámbitos persisten estas marcas temporales (los procesos fabriles siguen funcionando según jornadas de trabajo establecidas, a pesar de que la mayoría de las veces la producción nunca se detiene debido a que hay horarios nocturnos; los tiempos de las instituciones administrativas siguen manteniendo una cierta consistencia), lo cierto es que, aún en estos atisbos de marcaje temporal, el

sujeto que cumple un horario laboral es llevado a concebirse como si fuera una empresa (Brown, 2017; Laval & Dardot, 2013). El efecto de esto es que hasta el empleado se siente empresario de sí y, aun después de cumplir su jornada laboral, sigue con la tarea de continuar capitalizando su vida: ideas de negocio, emprendimientos, capacitación continua, exploración de redes sociales, seguimiento de *influencers*, todo ello en el nominal tiempo de descanso. Es la irrupción de un *tiempo continuo* que pretende disolver cualquier límite y separación. Han (2015) señala que: «El espacio de la red no está formado por fases continuadas y transiciones, sino por acontecimientos o circunstancias discontinuas. Allí no hay progreso ni desarrollo alguno. No tiene historia. El tiempo de la red es un tiempo-ahora» (pp. 63–64).

El poder de las tecnologías consiste en un desanclaje de las actividades de un tiempo específico. Por ejemplo, si comprar significaba desplazarse a un centro o distrito comercial, en horas de ocio, generalmente, y dentro del horario dispuesto por las tiendas, en la actualidad dicha experiencia se ha transformado por completo. Si bien los centros comerciales siguen siendo, quizá más que nunca, enclaves decisivos de la expresión contemporánea del capitalismo, lo cierto es que ha emergido una economía virtual que no circunscribe ningún principio temporal ni espacial. El mercado virtual ha emergido con gran ímpetu para convertirse en un enorme centro comercial sin espacialidad y temporalidad específica. De manera más amplia, afirmamos que el capitalismo contemporáneo fisuró el espacio-tiempo. El tiempo social requería unas espacialidades específicas: trabajo en la fábrica, descanso fuera de ella (en casa), trámites administrativos en la institución pertinente, compra de productos/consumo en el almacén, aprendizaje en la escuela, amor en el contacto cuerpo-cuerpo, etc. Espacios virtualizados y temporalidad acelerada conforman el explosivo contubernio del mundo tecnodigitalizado actual que destroza la experiencia temporal del sujeto. El efecto: un presente eterno, acelerado y escindido de la espacialidad. Es ese el lastre con el que el neosujeto tiene que vérselas y, contradictoriamente, por el que se halla seducido.

La lógica 24/7, como afirma Crary (2015), «niega [la] relación con las texturas rítmicas y periódicas de la vida humana» (p. 21). Aparte de crear la ficción de una superficie lisa, la gubernamentalidad tecnodigital contemporánea elabora otra, a saber, la de una superficie sin bordes. El eterno presente del neosujeto tecnodigitalizado cae en las lógicas que han desprovisto al tiempo del campo de experiencia (pasado), del horizonte de expectativas (futuro, porvenir) para dejarlo exclusivamente como un presente extendido. El tiempo ya no es más el elemento que imponía límites infranqueables entre el deseo y su realización, puesto que el deseo requiere la simultaneidad de las temporalidades: desear aquello que *no-se-ha-sido*, querer *llegar-a-serlo* y tener la disposición y realizar el trabajo necesario para que pueda *ser*. La confluencia temporal y, simultáneamente, la tensión *kronos-kairós-aión* es aquello que garantizaría la aparición del deseo. Lo que quiere decir que el tiempo de espera, el trabajo y las realizaciones han de unirse a la labor rememorativa e imaginativa.

HIPERCONECTADOS Y DESVINCULADOS. SOBRE EL VÍNCULO ESPECULAR

En la actualidad, vivimos la obsolescencia del tiempo como límite. Apreciamos una patente consecuencia que producen estas arquitecturas temporales personalizadas, inauguradas con el uso extendido de los dispositivos digitales: el vaciamiento de la experiencia relacional. Más aún, consideramos que, al estar hiperconectados con aquello que se elige como se eligen los objetos del mercado, siempre agradables y a la medida del comprador, el sujeto tecnodigital desarrolla una relacionalidad de espejo, pues elimina a los otros al aplanar sus apariciones y sus irrupciones, al virtualizarlos. En fin, al eliminar al otro, queda consigo mismo. Se da, entonces, un *relacionamiento especular*. Aquí observamos que se instaura una paradoja: mientras que se realiza una eliminación del-otro, se lleva a cabo una colosal exaltación del-otro. El neosujeto es quien, en lo real, reconvierte a las otras personas, las instrumentaliza y usa para construir su propia empresarialidad. Pero ese ser, en apariencia omnipotente, requiere del gran-Otro que le indique cómo proceder, qué sentir, qué pensar y qué estilo de *management* de sí ha de adoptar para ser exitoso.

Por todo ello, consideramos que la condición contemporánea supone un reordenamiento que no solamente es temporal, como hemos argumentado, sino también social y subjetivo. La *metatemporalidad* del mundo actual que, como ya dijimos, se funda en la presentización sin dique del tiempo subjetivo y social y en la supresión de la densidad del tiempo (representada en la urgencia de vivir el *ya* como única experiencia temporal validada gubernamentalmente) tiene sus efectos marcados en el vínculo social. Lo que resulta necesario comprender es la manera como el mundo tecnodigital y la configuración temporal de hoy se unen para crear esa estructura relacional capitalizable. Esta cuestión ya fue señalada por Couldry y Mejías (2019) cuando apuntaban a que la estructura tecnológica reordena el espacio social y el tiempo (p. 20). Los dispositivos tecnodigitales proponen ritmos y experiencias temporales inéditos fundados en la pretensión de conectividad permanente. Hiperconectividad en vez de vínculo; allí no tienen lugar los ritmos de lo social como estructurantes de las acciones, sino la relación ubicua y directa con dispositivos veloces que están desligados de la alteridad. En el tiempo continuo que propone lo tecnodigital no hay lugar para el otro, debido a que lo relacional supone sincronicidad, un tiempo del encuentro. Actualmente atestiguamos una pretensión de fijar el vínculo en un momento temporal definido, compartido y consensuado: el encuentro, la cita, la cena, etc. En esas formas tradicionales de relacionalidad hay un deseo de habitar un tiempo compartido. Un mismo tiempo como elemento central del vínculo.

La gubernamentalidad tecnodigital se ha sabido aprovechar de la tensión que es usual en los encuentros humanos para seducir al individuo con la posibilidad de contactarse con los otros sin los apremios característicos del encuentro con ellos: desde el correo electrónico, pasando por los mensajes de voz y chats en diferentes plataformas hasta postear entradas en redes sociales, etc. En esas formas de comunicación hay una *asincronicidad comunicacional* que permite el contacto sin que se comparta el mismo tiempo. Como efecto de lo anterior, se produce una sociedad telemática y teledirigida en la que el vínculo se configura sin coincidencia temporal.

Consideramos que esa aparente *ventaja* comunicacional que ofrece la tecnología tiene consecuencias concretas en la experiencia de la temporalidad, la cual, en palabras de Bouton (2022), es policrónica. Este autor define la policronía como «una pluralidad de temporalidades con diferentes ritmos, más o

menos rápidos, diferentes escalas temporales, diferentes articulaciones entre el pasado, el presente y el futuro» (p. 365).[3, 4] Tal noción resulta importante porque permite reconocer la tensión que se produce entre el tiempo vivido y el tiempo gubernamentalizado. Es decir, de un lado, como vivientes, no podemos evadir el tiempo en el que existimos, incluida su diversidad, debido al hecho de que es el tiempo de todos y, en ese sentido, no es posible escindir su carácter social (aquí, la noción de policronía, a nuestro juicio, tiene una connotación decididamente fenoménica y descriptiva de lo que *somos*). De otro lado, cuando el trabajo de influir y conducir la vida de los sujetos y las sociedades a partir de discursos, técnicas, instituciones y dispositivos se enfoca en producir la idea estratégica de un tiempo único, no diverso, sino universal, estamos frente a la gubernamentalidad temporal. Nuestra tesis es que el gobierno temporal produce la ficción de una policronía aún más microscópica que la propuesta por Bouton (2022), pero que, en realidad, impone un tiempo único para todos.

La metatemporalidad contemporánea tiene su especificidad, ya que nos ofrece el mito del *tiempo del yo* y, de paso, disuelve el *tiempo del nosotros*. Efectivamente, si la metatemporalidad moderna, aun promoviendo un tiempo único para todos, era la expresión sincrónica del tiempo colectivo convergente, la policronía elabora una potente asincronía singularizada de la temporalidad. Esto quiere decir que, en vez de un tiempo único convergente, estamos ante el encumbramiento de los tiempos únicos individuales (divergentes, por estar fundados en las lógicas tecnodigitales). Se instaura un régimen individualizado en el que el tiempo único es el tiempo eternamente presentizado del sujeto. En otras palabras, cada persona, en tanto sujeto tecnodigitalizado, vive su tiempo como único, como un presente expandido, alojado en una órbita que difícilmente se vincula con la de otros individuos.

El punto central, entonces, es la idea de que la temporalidad compartida fundaba un conjunto de acciones, prácticas, actividades, rituales, encuentros, etc. Ese conjunto multiforme de encuentros y vínculos, más o menos profundos, se sustentaba en una experiencia del tiempo compartido. En la medida en que la policronía tecnodigital ha singularizado e individualizado las experiencias temporales, aquellas prácticas sociales que se fundaban en el encuentro han sufrido un profundo debilitamiento. Insistimos en que dicha analítica es compleja y paradójica, pues para algunas voces, las tecnologías digitales promueven nuevas formas de configuración de vínculos (Chayko, 2012; Ryan et al., 2017). Nosotros disentimos de dicha mirada, pues notamos que se suele confundir conectividad con vínculo, y emerge de dicho equívoco una particular perspectiva que asimila, de manera ligera, a un vínculo social cualquier contacto mediado tecnodigitalmente. Couldry y Mejías (2019) apuntan a que tras esta aparente promoción de la conexión no se esconde una idea de vínculo social, sino un poder corporativo que usufructúa el producto de las interacciones bajo la forma de datos, de allí que los autores aludan a la noción de colonización para ilustrar este complejo proceso. Sobre esta cuestión Han (2023) señala que: «La digitalización agrava esta pobreza en contacto y en el mundo.

[3] Traducción de los autores.
[4] Texto original: «Pluralité de temporalités avec différents rythmes plus ou moins rapides, différentes échelles de temps, différentes articulations entre le passé, le présent et l'avenir».

Se da la paradoja de que la creciente conectividad nos aísla. [...] Estar interconectado no significa haber creado lazos» (p. 95).

Así, estamos en la época que podríamos llamar la *era del desencuentro*, caracterizada porque aquello que lógicamente debería confluir, no lo hace. Cuando menos, hallamos cuatro desencuentros en el presente. El primero alude a los tiempos subjetivos (cada individuo vive su tiempo como único y desconectado del de los otros); el segundo se refiere al mencionado malentendido entre conectividad y vínculo (en tanto se los confunde, se reduce el vínculo a la conexión digital); el tercero se concreta en que el individuo digitalizado cree que se conecta, pero, en realidad, tanto su subjetividad como el carácter de las conexiones que establece vienen dictadas desde fuera (por el algoritmo, la inteligencia artificial, entre otros); y el cuarto se refiere a que la conexión con el otro es una conectividad mediada por dispositivos técnicos (el celular es el instrumento emblemático). Han (2015) señala de manera contundente que en la actualidad «no hay sentido que *rija* el tiempo» (p. 65). Una manera de entender esto es que esa pérdida de sentido manifiesta la ruptura de la unidad del tiempo y, en vez de eso, el elogio contemporáneo de la temporalidad propia y exclusiva, en detrimento de la del nosotros. El arrebatamiento del sentido colectivo es una operación gubernamental que nos hace creer a cada uno que somos soberanos de nuestro tiempo. Sin embargo, si atendemos a lo dicho por Nancy (2014), ese *alguien* que vive y que atesta su existencia ante los otros, nos muestra que no estamos eximidos, al menos no totalmente, de la necesidad de las sincronías y del encuentro.

En este régimen temporal tecnodigital, aparentemente sin cortes ni fisuras, en el que todo se presenta como disponible en tiempo real y de manera instantánea y en el que se produce un particular efecto en la medida en que el individuo siente que ya no tiene que esperar, la presencia del otro se difiere. En efecto, el sujeto tecnodigital encuentra de forma inmediata sus objetos de consumo en la red (cosas, imágenes, ideas, experiencias lúdicas, predicciones, videos, etc.), no se ve obligado a esperar, puesto que todo está ahí. Presenciamos la emergencia del cese de la espera, el neosujeto es introducido, provocativamente, en el régimen del *ya* y del *aquí* mismo. Mientras que las acciones de consumo son realizadas de manera inmediata y compulsiva, en el *ya-aquí*, el contacto con el otro se difiere, en el sentido de que no requiere sincronicidad. De hecho, el sujeto elige la asincronicidad propia de los chats, los correos electrónicos, etc.

Dicha presencia retadora del otro-no-virtualizado es reconvertida en conexiones-diferidas-con-el-otro. Aquí nos hallaríamos ante procesos de socialización totalmente erosionados o, tal como señala Stiegler (2015) tomando a Simondon, con procesos de individuación en cortocircuito, en la medida en que en este tipo de configuraciones subjetivas en las que prima lo tecnodigital hay una pérdida sustancial de la posibilidad de desarrollar vínculos. Nosotros vamos un poco más allá para sugerir que tras la pérdida de esa forma conocida de relacionamiento, emerge una nueva forma de vínculo en la que el sujeto termina relacionado solamente con su propio goce de consumo, el cual, al ser un reflejo de sí mismo, configura lo que llamamos *vínculo especular*. Con esta noción nos referimos a la experiencia según la cual el sujeto contemporáneo que se deja gobernar por el régimen temporal tecnodigital se relaciona con los otros en tanto ellos devengan un reflejo de sí mismo. Así, la imagen del yo y el tiempo del yo aparecen como fundantes de la experiencia relacional del sujeto.

Esta deja ver cómo los sujetos se disponen a construir una arquitectura temporal personalizada y soberana que elimina toda referencia a un afuera. El socavamiento de esas estructuras temporales colectivas produce al menos dos efectos claramente reconocibles. El primero, una existencia sustentada en lo efímero y lo instantáneo: el *régimen del ya-aquí*. Respecto de la cuestión de lo efímero y lo instantáneo, se encuentra en la literatura un amplio espectro de análisis que desde los años 70 y 80 se preguntan por las lógicas producidas por las sociedades de consumo (Barthes, 1980; Baudrillard, 1969, 2009; Lipovetsky, 1986, 1990). Y, el segundo, una condición solipsista que se correlaciona con la erosión de los vínculos sociales en las sociedades habitadas por la fuerte presencia de lo tecnodigital. En este tipo de vínculo consigo mismo, el sujeto es sin tiempo —pues habita el ya—, sin espacio —pues su *topos* es el aquí— y solitario —pues se desvincula del otro—. La transformación de la *metatemporalidad* empieza a configurar un sujeto que, escindido de las prácticas sociales, inicia una construcción temporal singularizada y autodiseñada en la que solamente debe hacerse cargo de sí: de su formación, de su optimización, placer, cualificación, metas, etc. La materialización de tales ideales se hace, desde nuestra perspectiva, a un costo muy alto, a saber, una renuncia a temporalidades compartidas.

Emerge entonces el *sujeto disincrónico o policrónico*, desarraigado de prácticas temporales colectivas y habitando un universo tecnodigital que lo libera, por un lado, de los tiempos disciplinares o institucionales y, por otro lado, de la necesidad de tener que establecer sincronías con los otros. Para este sujeto solamente hay un fluir de tiempo continuo, plano e indiferenciado en el que en cualquier momento se puede realizar cualquier acción, sin necesidad de un contexto sociocultural que otorgue sentido al tiempo. La imagen de este *sujeto disincrónico o policrónico* nos remite a una libertad que funciona como principio individualizador de la existencia. La libertad es entendida como soberanía temporal que implica la renuncia, parcial o total, a formas tradicionales de encuentro sobre las que se soportaban las prácticas sociales cotidianas. Los ropajes que hoy toma la idea de libertad están profundamente articulados a una idea de soberanía temporal que implosiona las bases del encuentro y del vínculo. Desde esa perspectiva, la racionalidad tecnodigital y sus peroratas de acceso, conectividad e instantaneidad no serían sino el envés de profundas transformaciones sociales cuyo efecto es la erosión de ciertas representaciones del tiempo colectivo y sus fundamentos culturales. En este sentido, la libertad de configurar la propia temporalidad sería el síntoma de un robusto proceso de individualización de la existencia que, de la mano de las formas de gobierno neoliberales contemporáneas, posicionan al sujeto como un hacedor de su propia existencia.

CONSIDERACIONES FINALES

Queremos concluir el presente artículo apuntando a tres aspectos decisivos de las transformaciones en la temporalidad contemporánea y sus configuraciones. El primero tiene que ver con los dispositivos tecnodigitales como herramientas de la transformación de la experiencia temporal; el segundo aborda la profunda imbricación de las formas de habitar el tiempo en el mundo contemporáneo y los imperativos de la racionalidad neoliberal; y el tercero alude al encuentro como la posibilidad de hallar vías alternativas a la cerrazón de la experiencia temporal que en el mundo contemporáneo parece imperar.

Sobre el primer aspecto, consideramos fundamental reconocer que los procesos de aceleración más decisivos vividos desde el siglo XX son producto del desarrollo de las tecnologías de la información (cibernética, inteligencia artificial, internet, etc.). Por ello hemos ubicado de manera privilegiada en el centro de nuestra analítica al mundo tecnodigital, que, a partir de sus imperativos de velocidad y conectividad, ha alterado los circuitos y ritmos de un amplio conjunto de acciones y prácticas ahora circunscritas, no exclusivamente pero sí fundamentalmente, a interacciones mediadas por dispositivos tecnológicos: la comunicación, las compras, la enseñanza, la socialización, etc.

En este sentido, afirmamos que las herramientas sobre las que se fundan las arquitecturas temporales personalizadas o singularizadas son los dispositivos tecnodigitales sustentados en la velocidad y la conectividad. Esto nos llevaría a proponer una tesis más global: la tecnología contemporánea trastoca los ritmos cotidianos y las estructuras temporales construidas históricamente y, como corolario, configura un nuevo régimen de historicidad. El mundo tecnodigital ha consolidado formas de temporalidad autónomas que no responden a los patrones temporales habituales que fungían como elementos vinculantes de la acción social, lo que denominamos *metatemporalidad moderna* y que conllevaba tiempos colectivos convergentes. En esa transición, los dispositivos tecnodigitales han encontrado plenos poderes para construir arquitecturas temporales sin un afuera y completamente singularizadas.

En cuanto al segundo aspecto, sobre la relación entre las formas de habitar la temporalidad en el mundo contemporáneo y los imperativos de la racionalidad neoliberal, es pertinente reiterar que las formas de gobierno contemporáneo dan un privilegio a valores ligados al rendimiento, la productividad, la eficacia, la competitividad, entre otros. La pretensión de emancipación de los férreos tiempos disciplinares puede ser concebida ella misma como una suerte de relato neoliberal, en tanto la aparente autonomía que otorga el sacudirse de ciertas estructuras temporales va encaminada a que el sujeto configure su propio tiempo de productividad y rendimiento. Esta consideración tiene un particular atenuante que, en las estructuras temporales tradicionales, regidas por el fraccionamiento y el cálculo del tiempo, era posible distinguir los momentos propios para la productividad (jornada) de aquellos de no productividad (descanso-ocio). Sin embargo, en las temporalidades personalizadas lo que pasa con el tiempo es que se aplana, se eliminan sus marcas y es convertido en potencial ilimitado de producción y capitalización subjetiva.

De esta manera, las estructuras temporales tradicionales permitían a los sujetos establecer diferencias y generar marcas de tiempo que orientaban el accionar en todo momento. Los fraccionamientos temporales configuraban los ritmos temporales sobre los que se cimentaba el orden existencial. Ahora las marcas de tiempo han desaparecido y el tiempo fluye sin permitir discriminar los eventos unos de otros. La perspectiva histórico-temporal es recodificada por un perpetuo flujo temporal sin interrupciones ni cortes que produce un aplanamiento del acontecimiento. No hay, entonces, ningún orden del tiempo, dado que las estructuras sociales encargadas de dicha tarea son hoy devaluadas. En esa situación, la racionalidad neoliberal muestra su oportunismo y se transforma ella en una posibilidad de ordenamiento temporal bajo la égida de sus ideales de producción y de rendimiento. Se podría señalar tentativamente que las estructuras temporales estables fungían como protectoras ante la constante presión de las lógicas productivas. Si tomamos el ámbito laboral

como ejemplo, las reivindicaciones de sindicatos y trabajadores se encaminaban a la protección de los derechos del trabajador: una jornada laboral razonable previamente pactada, días de descanso y vacaciones, adecuada remuneración, asistencia social, etc. En el estadio actual de las lógicas temporales anudadas al neoliberalismo, la pretensión sería elidir esos logros históricos y realizar el sueño que ha acompañado al capitalismo desde siempre: volver el tiempo en su totalidad tiempo de producción.

Finalmente, consideramos urgente una revitalización del encuentro como forma de construir sincronías temporales compartidas. Sin duda, cuando el neosujeto introyecta el imperativo neoliberal de la autogestión, la autorrealización y la omnipotencia, pareciera convencerse de que no requiere del otro. Dicho de otra manera, en el registro gubernamental neoliberal, que es el registro ilusorio de la suficiencia de sí, lo único reconocido es el *vínculo especular* que, *per se*, elimina al otro no virtualizado. Pero en el plano del sujeto-que-vive, la presencia del otro es necesaria e ineludible. Entonces, cuando el neosujeto elige prescindir del otro se queda aislado, se debilita y enferma. No es casual que en un mundo en el que, como nunca antes, el individuo se siente libre, al mismo tiempo, ha aumentado aceleradamente la enfermedad mental, y el sujeto es hipermedicalizado, convirtiéndose en cliente asiduo en el mercado de los psicofármacos y de los complementos químicos de todo tipo con la promesa del rendimiento ilimitado.

Creemos que, cuando el sujeto desarrolla un *vínculo especular* está eligiendo salirse de la red que lo sostiene. Se suprime la relación con otros en nombre de una ilusoria omnipotencia que cobra factura haciendo del ser humano un individuo enfermo, medicado y débil ante las dos realidades básicas de lo viviente: el acontecimiento (contingencia, incertidumbre, etc.) y su propia vulnerabilidad. Nuestra tesis es que solo quien es capaz de reconocer su vulnerabilidad, su condición precaria ontológica, toma conciencia de la necesidad de vínculo con los otros y cuida la red que lo sostiene y que, al mismo tiempo, sostiene a todos los que en ella se anidan. El recurso al vínculo con el otro no es secundario ni vano; es imprescindible y protector, así el capitalismo contemporáneo, con su asocio a la tecnodigitalización de la vida, nos haga creer lo contrario.

Si bien no consideramos que exista la posibilidad de resarcir completamente las estructuras temporales colectivas que han entrado en crisis, sí abogamos por una perspectiva que proponga formas múltiples de construir la experiencia de la temporalidad. La cuestión se fundamentaría en luchar contra las tiranías y los autoritarismos propios de la temporalidad tecnodigital que siempre reclama velocidad, disponibilidad y que impone de manera generalizada un paradigma de cortoplacismo enardecido. Consideramos que esa dinámica deviene autoritaria en tanto elimina la posibilidad de habitar otras temporalidades que incluyan al otro y en las que sea imperativo el encuentro. Solamente en el encuentro, el tiempo se despliega como forma de incluir al otro. El encuentro nos lleva precisamente a reconocer que, más allá del espejismo contemporáneo, el tiempo es producto de una construcción que implica, a su vez, una negociación. Las *policronías personalizadas* a las que hemos aludido a lo largo del texto son la expresión sintomática de una renuncia al encuentro como medio de articulación de la experiencia temporal.

CONFLICTOS DE INTERÉS

Los autores declaran no tener conflicto de interés.

CONTRIBUCIÓN DE AUTORÍA

Ambos autores participaron en la reflexión teórica, la redacción y revisión final del manuscrito.

REFERENCIAS

Adam, B. (1990). *Time and Social Theory*. Polity Press.

Barthes, R. (1980). *Mitologías*. Siglo XXI Editores.

Baudrillard, J. (1969). *El sistema de los objetos* (F. González Aramburu, Trad.). Siglo XXI Editores.

Baudrillard, J. (2009). *La sociedad del consumo* (A. Bixio, Trad.). Siglo XXI Editores.

Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida* (M. Rosenberg, Trad.). Fondo de Cultura Económica.

Beck, U., & Beck-Gernsheim, E. (2003). *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Paidós.

Bessi, A., Scala, A., Rossi, L., Zhang, Q., & Quattrociocchi, W. (2014). The economy of attention in the age of (mis)information. *Journal of Trust Management*, *1*(1), art. 12. https://doi.org/10.1186/s40493-014-0012-y

Bouton, C. (2022). *L'Accélération de l'histoire: Des Lumières à l'Anthropocène*. Seuil.

Brown, W. (2017). *El pueblo sin atributos* (V. Altamirano, Trad.). Malpaso.

Chayko, M. (2012). *Connecting: How We Form Social Bonds and Communities in the Internet Age*. State University of New York Press.

Couldry, N., & Mejías, U. A. (2019). *The Costs of Connection. How Data Is Colonizing Human Life and Appropriating It For Capitalism*. Stanford University Press.

Crary, J. (2015). *24/7. Capitalismo tardío y el fin del sueño* (P. Cortés-Rocca, Trad.). Ariel.

Crawford, K. (2022). *Atlas de la inteligencia artificial. Poder, política y costos planetarios* (F. Diaz Klaassen, Trad.). Fondo de Cultura Económica.

Deleuze, G. (2015). *La subjetivación: curso sobre Foucault III* (P. Ires & S. Puente, Trad.). Cactus.

Dreyfus, H., & Rabinow, P. (2017). *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. Monte Hermoso Ediciones.

Foucault, M. (1975). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión* (A. Garzón del Camino, Trad.). Siglo XXI Editores.

Foucault, M. (1998). ¿Qué es la Ilustración? *Cuestiones de Filosofía*, *2*, 99-106. https://revistas.uptc.edu.co/index.php/cuestiones_filosofia/article/view/579

Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica* (H. Pons, Trad.). Fondo de Cultura Económica.

Friedrich, S., Klopotek, F., Distelhorst, L., Hartmann, D., Wagner, G., Fisher, M., Diehl, S., & Schürmann, V. (2018). *La sociedad del rendimiento: Cómo el neoliberalismo impregna nuestras vidas* (I. Miramón & I. Palibrk, Trad.). Katakrak liburuak.

Garfield, S. (2017). *Cronometrados: Cómo el mundo se obsesionó con el tiempo* (M. Marqués, Trad.). Taurus.

Han, B.-C. (2014). *Psicopolítica* (A. Bergés, Trad.). Herder Editorial.

Han, B.-C. (2015). *El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse* (P. Kuffer, Trad.). Herder Editorial.

Han, B.-C. (2020). *La desaparición de los rituales* (A. Ciria, Trad.). Herder Editorial.

Han, B.-C. (2023). *La crisis de la narración* (A. Ciria, Trad.). Herder Editorial.

Hartog, F. (2007). *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*. Universidad Iberoamericana.

Koselleck, R. (1993). *Futuro pasado* (N. Smilg, Trad.). Paidós Ibérica.

Laval, C., & Dardot, C. (2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal* (A. Diez, Trad.). Gedisa.

Lipovetsky, G. (1986). *La era del vacío* (J. Vinyoli Sastre & M. Pendanx, Trad.). Anagrama.

Lipovetsky, G. (1990). *El imperio de lo efímero. La moda y su destino en las sociedades modernas* (F. Hernández & C. López, Trad.). Anagrama.

Lorente Bilbao, J. I. (2003). Miradas sobre la ciudad. La sinfonía como representación de la urbe. *Zainak*, *23*, 55-69. https://www.eusko-ikaskuntza.eus/PDFAnlt/zainak/23/00550069.pdf

Matterlart, A. (2002). *Historia de la sociedad de la información* (G. Multigner, Trad.). Paidós.

Mumford, L. (2018). *La cultura de las ciudades* (J. Monteverde, Trad.). Pepitas de Calabaza.

Nancy, J.-L. (2014). *¿Un sujeto?* (L. F. Alarcón, Trad.). Ediciones La Cebra.

O'Reilly, T. (2005). Qué es Web 2.0. Patrones del diseño y modelos del negocio para la siguiente generación del software. *O'Reilly*. https://www.oreilly.com/pub/a/web2/archive/what-is-web-20.html

Pariser, E. (2017). *El filtro burbuja. Cómo la red decide lo que leemos y los que pensamos* (M. Vaquero Granados, Trad.). Taurus.

Platón. (1966). *Obras completas*. Aguilar.

Restrepo, E. (2008). Cuestiones de método: «eventualización» y problematización en Foucault. *Tabula Rasa*, (8), 111-132. https://doi.org/10.25058/20112742.324

Rodríguez, P. M. (2019). *Las palabras en las cosas. Saber, poder y subjetivación entre algoritmos y biomoléculas*. Cactus.

Rosa, H. (2016). *Alienación y aceleración. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*. Katz editores.

Rouvroy, A., & Berns, T. (2018). Gobernamentalidad algorítmica y perspectivas de emancipación: ¿lo dispar como condición de individuación mediante la relación? *Ecuador Debate*, (104), 124-147. http://hdl.handle.net/10469/15424

Ryan, T., Allen, K. A., Gray, D. L., & McInerney, D. M. (2017). How social are social media? A review of online social behaviour and connectedness. *Journal of Relationships Research*, *8*, art. e8. https://doi.org/10.1017/jrr.2017.13

Sancho Rodríguez, Á. (2012). Presentación de la ciudad en el cine: Berlín, Sinfonía de una gran ciudad (W. Ruttmann, 1927). *Arte y Ciudad. Revista de Investigación*, *1*(2), 99-112. https://doi.org/10.22530/ayc.2012.N2.129

Sancho Rodríguez, Á. (2017). *Las "Sinfonías Urbanas" como imagen de la ciudad de entreguerras: ciudad, cine y arte de vanguardia en la obra de Walter Ruttmann y Dziga Vertov* [tesis de doctorado, Universidad Complutense de Madrid]. Docta Complutense. https://hdl.handle.net/20.500.14352/22003

Scolari, C. A., & Rapa, F. (2019). *Media evolution. Sobre el origen de las especies mediáticas*. Ediciones Uniandes.

Serna Arango, J. (2009). *Somos tiempo. Crítica a la simplificación del tiempo en Occidente*. Anthropos.

Stiegler, B. (2015). *Lo que hace que la vida merezca ser vivida. De la farmacología* (N. Cortés, Trad.). Avarigani Editores.

Taylor, F. W. (2006). *The Principles of Scientific Management*. Cosimo.

Virilio, P. (2006). *Velocidad y política: ensayo sobre dromología* (V. Goldstein, Trad.). La marca editora.

Wajcman, J. (2017). *Esclavos del tiempo. Vidas aceleradas en la era del capitalismo digital* (F. J. Ramos, Trad.). Paidós.

Zuboff, S. (2020). *La era del capitalismo de la vigilancia. La lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder* (A. Santos, Trad.). Paidós.